

PRIMERA CRONICA

Dormí pesadamente y sin provecho. Me desperté a las tres de la mañana. Mis huesos se declararon definitivamente hostiles a la configuración topográfica de la cama. El jergón me sentaba como un tiro. Hacía calor, tardaba en amanecer, y con la primera luz me eché a la calle. Confesé y comulgué en la iglesia de los Jesuítas. Una travesía es siempre una travesía. Luego me fuí a comprar jabón, colonia, rollos fotográficos y esas inútiles y urgentes cosas que adquiere todo pasajero: linterna, navaja, pilas, por ejemplo. Volví al hotel, cerré la maleta, pagué la cuenta, cogí un taxi y me fuí hacia el muelle. El reloj rozaba las nueve y media, y yo estaba harto, impaciente y algo cansado.

Mi barco, amigos, era el «Monte Ayala», de la Naviera Aznar —no sé si lo he dicho—, y había sido fletado por la Sección Femenina para una nueva y gentil empresa de Indias. La de los Coros y Danzas de España.

Dejé la maleta a bordo, solté igualmente la máquina de escribir y regresé a tierra. Eran las diez de la mañana. Me hastiaba la vida y hasta las cinco de la tarde no pitaría la sirena. Horas antes de salir, los nervios superan sus propias marcas.

Así que charlé con el primer oficial y con Paris. Con Mirallave, del barco; con Paris, del viaje. Mirallave me había dado un cálculo de tiempos y distancias. Paris me había dicho que el primer grupo embarcado era el de Baleares, y que el último no había llegado todavía. Con estos datos atraqué en la redacción de «Hierro», murmuré discretamente con su director, el gran Bernardo Bureba, quien ya tramaba ponerle piso a una calandria de «Arriba», pedí un bocadillo de jamón, una cerveza y una máquina, y cuando tuve todo delante me puse a escribir la

crónica de salida. De vez en cuando dejaba un huequecito para la hora fija; el gesto de Pilar, las palabras de Raimundo y la imprevisible meteorología. Desde la ventana veía unas nubes feas, con la conciencia cargada hasta los topes. Abrumaba el calor y todo hacía esperar una tormenta. Preparé dos finales: uno, con sol, y otro, con agua. A las doce y pico, con la crónica en el bolsillo, me fuí para la Delegación Provincial de la Sección Femenina. Quería rondar a mis camaradas de viaje desde la calle, verías de cerca, como un transeúnte, sin que ellas supiesen quién era aquel tipo que las observaba mientras subían a los autobuses. Lo hice así y lo pasé bien.

Luego, Cepeda y yo nos encaminamos hacia Gallarta. Ibamos en un taxi cargado de periodistas hasta los topes. Reventábamos de calor, y Cepeda continuaba amarrado a su gigantesca y maloliente pipa, que es lo único que le sobra para ser un buen escritor y estar a punto de ser un buen muchacho. Alguien comenzó a contar chistes, los inevitables chistes verdes, y el camino se alivió un poco. Finalmente, Gallarta nos compensó con una brisa fresca, juguetona, especialmente encargada para el día por Jenaro Riestra que, en cuanto a Gallarta se refiere, cuida incluso de las brisas.

Bilbao, compuesto, literario, con tajos de Historia en las crestas de los montes —como secciones verticales de distintas épocas—, en los agujeros de las minas, en los prados, rodeaba a Gallarta. Era el paisaje de Zumalacárregui, de don Miguel de Unamuno, de Basterra y de Rafael Sánchez Mazas.

Al rato llegó Raimundo Fernández Cuesta. Principió la comida. En la presidencia, junto al Ministro y Pilar estaban todos los mandos de expedición y este cronista. En largas mesas, mis camaradas. Miré a unas y a otras. Por primera vez las tenía juntas, por prime-